

Qué tal, América Latina

Alberto Koschützke

¿Acaso no es esta una pregunta poco científica, ambiguamente seria e incluso casi frívola? Y también sabemos que la respuesta convencional «bien, gracias» tampoco corresponde a la verdad - ¿o alguien últimamente ha encontrado análisis o reflexiones donde se exprese que América Latina y el conjunto de todos nosotros estamos bien?

No obstante, la pregunta inicial, aunque en apariencias trivial, ha sido la interrogación que cada dos meses, durante los últimos veinte años, el equipo de Nueva Sociedad ha formulado frente a los autores, los lectores y la realidad. Se dice que la labor de preguntar puede no terminar nunca, y así el «¿que tal, América Latina?» prolifera en preguntas cada vez más breves y al mismo tiempo amplias en su comprensión; por ejemplo, dado el hecho de que existen tantas Américas Latinas como países, intereses, grupos políticos, sectores sociales y ambientes culturales se manifiestan y conviven en nuestro continente, «Qué América Latina».

De manera que, observándolo con detenimiento, uno se sorprende frente al hecho de que la idea de «una» América Latina sea de difícil aprehensión inmediata, como si se manifestara y ocultara a la vez, haciendo de su presencia una instancia real pero fragmentaria. Pero al mismo tiempo la historia, la conciencia geográfica, la proximidad, nos refleja una imagen de identidad unívoca y definitiva. Alrededor de ese núcleo de incertidumbre que colorea nuestra conciencia continental acerca de si somos una diversidad homogénea o una disparidad, Nueva Sociedad ha venido desarrollando su labor con el objeto de aportar elementos de análisis y discusión.

Desde 1972 como revista, y también en los últimos años a través de un ambicioso programa de edición de libros de ciencias sociales, Nueva Sociedad ha insistido en estos dos puntos: sostener siempre una mirada hacia la situación y perspectivas de desarrollo de América Latina, y estimular la imaginación de un modelo continental como proyecto hacia el futuro. Se sabe: la simple unidad geográfica no produce un espacio común de intereses y convivencia; las experiencias históricas compartidas - gran parte de las cuales datan de la época de la conquista europea - no bastan para conferirle una base sólida a un proyecto colectivo de sociedades y pueblos arbitrariamente denominado «América Latina»; el idioma común y el sustrato

cultural hispano-católico, supuestamente compartido y homogéneo, no tienen la misma naturaleza funcional ni en el interior de cada uno de los países ni en su conjunto; y la crisis, el endeudamiento, la marginalidad, etc., si bien son rasgos - e incluso muchas veces ya categorías continentales comunes - y en este sentido profundamente latinoamericanos - no resultan cimientos estimulantes a partir de los cuales construir la unidad de los pueblos de nuestro continente. Tampoco lo es el otro factor de indudable capacidad aglutinante para la conciencia continental: la presencia, dominio e influencia del «gran vecino del Norte».

Es por todo esto que creo - y esta creencia constituye una de las razones de ser de Nueva Sociedad - que América Latina aún está pendiente de definición, de realización e incluso de «imaginación»: no sólo como espacio geográfico, económico o cultural, no sólo en tanto proyecto político de unidad continental y de instituciones y actores colectivos comunes sino, sobre todo, como espacio de articulación donde lograr condiciones de vida digna para las grandes mayorías de los pueblos, principios y prácticas de convivencia civilizada y humana, formas de organización social, comunicación, reproducción y producción económica y cultural que tengan su razón de existencia en la calidad de vida de sus habitantes.

II

Contribuir a este proyecto continental a través de las entregas, de sus artículos y reflexiones, ha sido y sigue siendo el objeto de Nueva Sociedad. En este sentido, ofrecemos la revista como una tribuna en la que autores y lectores de todos los países de habla hispana, del Caribe y del Brasil, encuentran un espacio de reunión, debate y polémica, y un ámbito de reflexión, crítica y propuestas por definición pluralista y democrático - y que por serlo excluye decididamente posiciones racistas, sexistas, militaristas, antidemocráticas y antipopulares -. Somos uno más de los múltiples intentos de consolidar una cultura del diálogo democrático, una alternativa para superar barreras, tanto de tipo ideológico político como las levantadas por los ciegos nacionalismos, los academicismos elitistas, las pretensiones hegemónicas y los dogmatismos retardatarios.

Pensar y actuar desde América Latina implica adquirir conciencia de nuestra inserción en el mundo, lo que lleva a la evaluación de la problemática de las relaciones internacionales en general y del Tercer Mundo en particular. Debemos poner el acento y ofrecer los argumentos e información necesarios para que el monólogo Norte-Sur se convierta en un diálogo Sur-Norte en pos de un nuevo orden mundial, donde sea la fuerza de la razón y no la razón de la fuerza la que determine su configuración global. Y la «razón», de Nueva Sociedad se identifica

con la del universo progresista: seguimos creyendo en los valores fundamentales de la solidaridad, igualdad y justicia como normas, tanto en el ámbito de la organización interna de los Estados como también en el de las relaciones entre los Estados.

En apariencias nuestra propuesta ha sido generosamente acogida por el público, lectores y autores, durante los 20 años de existencia que celebramos con la presente edición. Más de 2.500 autores de unos 40 países del mundo utilizaron las más de 20.000 páginas representadas por la colección de Nueva Sociedad para comunicarse con nuestro público repartido en unos 35 países del mundo, lo cual no sólo representa un dato cuantitativo de la amplitud de nuestra convocatoria: también constituye un índice del grado de compenetración y confluencia que alrededor de los temas acuciosos han logrado autores y lectores, es decir un ámbito de representatividad, identificación y a la vez singularidad en sus respectivos campos de preocupaciones y prácticas. Puede resultar paradójico: es poco y mucho al mismo tiempo. Políticos y sindicalistas, representantes de organizaciones sociales y culturales, escritores, periodistas, poetas y artistas plásticos, economistas y toda la gama de las ciencias sociales en sus diferentes especializaciones, profesionales de la administración pública y de organismos internacionales y regionales, constituyen, a través de su participación en Nueva Sociedad, esta particular red de comunicación que representa la revista y que llamé en mi editorial con motivo de la edición número 100 «espejo de lo que vivimos en América Latina, un testimonio vivo de los valores progresistas del continente, un instrumento auxiliar a la memoria histórica latinoamericana».

Esa función testimonial no es en absoluto despreciable, sin embargo existe otra que sugiero como más importante: quienes planificamos y decidimos el contenido de la revista nos orientamos más por la pregunta que sirve de título a esta edición especial: «¿Qué tal América Latina?», cómo nos encontramos en los diferentes aspectos del quehacer político, social y cultural, qué problemas y retos afrontamos ahora y en el futuro, dónde están los puntos claves para el desarrollo del continente y de qué manera podemos enfocar los temas que percibimos como «centrales».

III

Cómo lo hacemos, con qué criterios trabajamos. Nueva Sociedad no es un centro de investigación que difunde los resultados de sus propios estudios. Es más, el jefe de redacción y el director, los dos quienes en última instancia deciden el contenido de la revista, hemos renunciado a escribir en ella, no sólo, evidentemente, para

mantener su nivel, sino también para no duplicar el privilegio de nuestras funciones y evitar así que nuestras opiniones puedan parecer avaladas por aquellas. Por suerte, esta revista es mucho más de lo que piensa ese binomio que, por supuesto, a su vez se nutre de las orientaciones y propuestas de un sinnúmero de autores y allegados. Se obtendría un resultado bastante tedioso y unidimensional, pobre, publicando sólo ensayos y posiciones con los que estuviésemos de acuerdo, y hubiéramos hecho un mal servicio a los mismos propósitos de una publicación que se autodefine en sus créditos como «una revista latinoamericana abierta a todas las corrientes del pensamiento progresista». Es por ello que «sólo» hemos intentado generar el espacio en cuyo seno puedan expresarse esas corrientes, orientando y organizando sin embargo su convivencia en nuestras páginas a través de temas aglutinadores, que sean analizados y profundizados sin limitación alguna, fuera de los criterios de seriedad, rigor científico y responsabilidad ético-política.

La responsabilidad privilegiada de formular las preguntas, o sea seleccionar los temas, orientaciones y autores, implica por supuesto convivir con la certeza de haber tenido errores y desaciertos, omitiendo muchas problemáticas o acaso priorizando no siempre las más acuciantes en términos políticos. También habremos cometido arbitrariedades, descartando la publicación de trabajos ofrecidos (debido muchas veces a restricciones de espacio) y otro tipo de injusticias, pero siempre nos hemos preocupado por explicar la razonabilidad de nuestras decisiones, tanto en la comunicación directa con los interesados como en nuestras editoriales, que fundamentan la inclusión de los ensayos en cada entrega. De manera que los resultados están a la vista y se enfrentan al criterio del público, y si bien cualquier selección de temas conlleva necesariamente algo arbitrario frente al sinnúmero de otros problemas que también merecen un exhaustivo análisis y reflexión, nunca hemos dejado de apreciar, evaluar y agradecer las sugerencias recibidas; las cuales nos ayudan también a componer esa compleja diversidad constituida por nuestra problemática.

Si de alguna manera intento resumir las circunstancias y criterios que han guiado nuestras decisiones a lo largo de estos años, ello obedece a la naturaleza atípica de la revista dentro del contexto latinoamericano. En nuestro continente las publicaciones político-culturales tienen una profusa tradición; agregaciones de intelectuales y militantes, las revistas generaron tradiciones culturales y políticas. Muchas veces los resultados de esa labor no se vieron de inmediato, las sociedades parecían refractarias a los temas y propuestas, pero siempre aquel trabajo - algunas veces de actualización teórica, muchas de importación y modernización cultural y

siempre de cuestionamiento, reflexión e imaginación acabó articulándose en el seno de las sociedades produciendo verdaderos horizontes ideológicos que abarcaron lo cultural - en su sentido más antropológico - y lo político - en su sentido más convencional -. Así se han creado en nuestro continente las tradiciones políticas, culturales y estéticas. Podemos citar los ejemplos arquetípicos de las revistas *Amauta*, *Marcha*, *Pasado y Presente*, y todas las que carecen de rango institucional poseen ese carácter. Bien, *Nueva Sociedad*, como se sabe, no es una publicación de ese tipo, carece de un grupo de intelectuales y políticos que diseñe sus acentos y organice sus preocupaciones; tampoco es una revista netamente académica; y sin embargo pretende ser una revista de pensamiento y de discusión, de reflexión acerca de la situación latinoamericana en su conjunto.

De esta suerte de ambigüedad editorial, de la cual reconocemos que muchas veces puede derivarse cierto eclecticismo, *Nueva Sociedad* extrae sus energías para ocuparse de la diversidad manteniendo un sentido pluralista e inclusivo. No somos una revista de tendencias, ni de facciones, pero tampoco nos refugiamos en la inocencia. Para proponer una hipótesis riesgosa, diría que *Nueva Sociedad* compensa su «orfandad» respecto de grupos, núcleos o partidos expandiendo sus horizontes geográficos y nacionales. Y apostamos a que esta compensación constituya un reemplazo.

IV

Entre las revistas de pensamiento, la situación de *Nueva Sociedad* es bastante específica y particular: dirigida a un ámbito tanto latinoamericano como latinoamericanista tiene al continente - el que está como dije arriba por hacerse - como objeto y sujeto de su preocupación. Esto exige la visión del conjunto más allá de la particularidad de las partes, sin caer en generalidades que no dejan espacio para la originalidad de las distintas situaciones nacionales, que son precisamente aquellas que, al final de cuentas, permiten la consideración de una América común.

Los lectores de *Nueva Sociedad* están repartidos en todos los países del continente y pertenecen a muy diferentes ambientes profesionales, sociales, culturales y políticos. Llamar la atención de un lectorado argentino sobre problemas del campesinado hondureño es parte del proyecto de *Nueva Sociedad* que presupone, exige y estimula la disposición de cada lector latinoamericano a sentirse como tal. Sin embargo, hay sabidurías casi vulgares, también entre los académicos y estudiosos de nuestro continente: que, por ejemplo, Bolivia constituya un caso sumamente particular y específico, imposible de comparar con otro. Muchas veces se plantean reclamos de originalidad como privilegio y barrera - cuando en

realidad tal postura deriva en ciertas oportunidades de la incapacidad para establecer relaciones - lo que induce a la incomunicación o al mero diálogo entre especialistas. Como también el caso de Guatemala, o de Jamaica, es muy pero muy especial, deberíamos renunciar a la idea de la construcción de un «nosotros» latinoamericano si no lográsemos admitir que por supuesto cada país es «muy especial» lo cual sin embargo no debe constituirse en una postura que cristalice categorías e impida las comparaciones. Una versión existencial de aquel «particularismo» nacional es el lamento coqueto de que «mi país está muy ensimismado»; «país» que de vez en cuando se reduce a la capital, ya que la provincia, el interior, constituyen regiones lejanas: no sólo de menor importancia sino de naturaleza accesoria. Abrir brechas en estas tendencias de tan limitante narcisismo científico académico, ha sido el invaluable mérito de redes de comunicación científica como CLACSO y FLACSO; y Nueva Sociedad se adhiere a esos esfuerzos e intenta ampliarlos hacia el mundo no exclusivamente académico.

En este contexto, la especialización compulsiva de disciplinas y algún hermetismo científicista y sociologista (no sólo en el lenguaje que se emplea) es otro muro existente en las ciencias sociales del continente que quisiéramos superar. El intercambio interdisciplinario entre agrónomos y educadores, economistas e historiadores, juristas y sociólogos, pero sobre todo entre los que piensan la política, quienes la hacen y quienes la sufren movilizan recursos creativos y abren en definitiva espacios para prácticas sociales novedosas y renovadoras.

La incomunicación lineal entre el mundo de los políticos (que no es necesariamente el mundo político) y el académico, no es un problema específicamente latinoamericano sino global. Es verdad que en nuestro continente se dio por ejemplo durante los procesos de redemocratización, la sorpresiva incorporación masiva al campo de ejecución política de científicos sociales que durante años habían sido muchas veces los voceros o actores principales de la oposición democrática. De todos modos, queda el reto permanente de un mayor flujo de intercambio de ideas entre ambos campos para sensibilizarse por la problemática del otro y viceversa, y para superar la estéril separación entre quienes analizan y quienes ejecutan las políticas. También esta tarea orienta la política editorial de una revista de pensamiento como Nueva Sociedad.

V

Y no olvidemos al «público», ya que Nueva Sociedad no es una revista estrictamente académica, difundida casi exclusivamente en círculos universitarios ni mucho menos una revista especializada en economía, cultura, teoría política, etc.

Según una encuesta, se destaca entre nuestros lectores, junto al público casi natural de intelectuales y universitarios, la gran cantidad de profesionales en muy variadas funciones y la edad de los que nos leen: el 60% de los lectores tiene menos de 30 años. Temas, lenguajes, presentaciones, etc., reflejan la necesidad de recoger al lector donde éste se encuentre, es decir, organizar un verdadero diálogo exige tener permanentemente presente los intereses y condiciones de los participantes, respetándolos en sus diferentes experiencias como sujetos y no como objetos de este proceso.

Por fin, están las concepciones político-ideológicas, tiendas políticas y corrientes de pensamientos, a veces más o menos restringidamente definidas. Hemos optado en los 20 años de nuestra revista, por trabajar en clave de «pensamiento progresista» y con el término del socialismo democrático, a primera vista probablemente «chicles», que por lo vago de su definición aparentan tolerancia y evidente ambigüedad. Pero los dos términos no se prestan para definiciones rígidas ni excluyentes si se perfilan en su dimensión política por medio de la seriedad de su práctica y constituyen su espacio justamente en el proceso de una cultura del diálogo pluralista. Los valores fundamentales subrayados a lo largo de los años en esta revista, libertad, democracia, justicia social y solidaridad, dan de por sí solos unas referencias globales, pero, creo, suficientemente precisas cuando existe la debida competencia científica y honestidad intelectual.

La revista Nueva Sociedad no «representa» a ningún partido político en especial, ya que tanto por tener como espacio de referencia geográfica a América Latina, como por tratarse de una revista de discusión no pretende encasillarse como vocero de alguna institución o partido. Pero nuestros autores expresan mayor solidaridad, por ejemplo, con el proyecto de liberación nacional en Nicaragua que con lo que representa la coalición UNO; nos sentimos esperanzados cuando la victoria electoral de un demócrata como Rodrigo Borja termina con el régimen autoritario de Febres Cordero, y celebramos la caída de las dictaduras, especialmente las de Argentina, Paraguay, Chile y Nicaragua somocista.

No renunciamos al término socialismo democrático por su cercanía semántica al desaparecido socialismo real, ya que hay una hoja limpia de prácticas democráticas y posiciones claras al respecto. La misma revista es un ejemplo de esto. Pero tampoco compartimos la convicción de que el ocaso del comunismo haya demostrado la superioridad del capitalismo como modelo de desarrollo, porque el fracaso de este modelo en América Latina es por lo menos tan dramático y obvio como el del socialismo real en los países europeos del Este.

En este contexto, vale recordar lo que mi antecesor, como director de Nueva Sociedad, Karl Hübener, escribió con motivo de los 10 años de la revista en la medida que siguen siendo los lineamientos básicos de nuestra definición ideológica: «Cuando decimos que pugnamos por valores de vida que exigen un régimen democrático, no nos referimos a la democracia estáticamente concebida, puramente formal, de meros alcances políticos, que permite cada cierto tiempo al pueblo concurrir a las urnas a depositar su voto, sino que nos referimos a una democracia viva de participación plena, de contenido económico y social. En nuestro trabajo hemos querido ser objetivos, lo que no implica neutralidad o indiferencia, pues por el contrario, hemos considerado como un deber irrenunciable el denunciar la explotación económica y la opresión política que sufren los pueblos tercermundistas. A través de nuestras páginas hemos condenado al imperialismo, al colonialismo y a las dictaduras; hemos incentivado la lucha por la defensa de los derechos humanos y el respeto al pluralismo ideológico».

VI

Es función nuestra, como editores, mantener vigentes tales criterios. Pero si bien constituyen un marco de referencia global, el factor determinante para los temas que presentamos está dado por la propia América Latina y la manera como los autores y la redacción percibimos su situación, desarrollo y perspectivas.

No intentaré en esta oportunidad resumir en pocas líneas este proceso. Lo hemos hecho durante 20 años, cada dos meses, y yo personalmente he tenido la oportunidad de ayudar a la precisión de su análisis durante los últimos años 10 años. Mi primera edición estuvo dedicada a «Las nuevas formas de hacer política», tema esperanzador en aquel tiempo porque se vislumbraba el surgimiento de nuevos actores políticos, ya no tan encasillados según los parámetros tradicionales.

Las dictaduras - hecho político que en los años 70 definió al continente y por ello también los análisis de Nueva Sociedad estaban a punto de desmoronarse, incluso gracias precisamente a aquellas respuestas novedosas de la sociedad civil, tanto en su forma como en su contenido. Las Madres de Plaza de Mayo, por ejemplo, habían levantado banderas en apariencia no políticas, como «verdad», y «vida» para demostrar que en definitiva eran estos los valores políticos fundamentales sin los cuales ninguna sociedad puede desarrollarse. Los movimientos de mujeres irrumpieron con fuerza y creatividad en el escenario público, convirtiendo temas supuestamente privados en términos de conciencia política. Movimientos de base demostraron su fuerza en la formulación de sus reclamos, gracias a su

espontaneismo no mediatizado por organizaciones jerárquicas, y a lo concreto y directo de sus exigencias para mejorar sus condiciones de vida. El reivindicacionismo, el «sindicalismo ciudadano,» representado por estas fuerzas, significan a la vez el mayor impedimento (falta de organicidad, de alcance nacional, de planteos teórico-políticos generales); y la muchas veces limitante fijación en el Estado como garante y enemigo de sus reclamos redujo tal vez la creatividad teórica, la capacidad organizativa y por ende la importancia político-social de estos movimientos.

Ya en aquel tiempo podían percibirse problemas hoy extraordinariamente actuales. La pérdida progresiva de legitimidad y representatividad de las instancias, canales, actores e instituciones políticas tradicionales. La fase de la redemocratización permitió, sin embargo, una euforia coyuntural por el recuperado sistema democrático. Pero tanto la crisis económica como las políticas neoliberales vigentes en casi todos los países, como el no excesivamente renovado discurso y la bien conocida práctica de los tradicionales monopolios políticos, hizo entender rápidamente la problemática de las nuevas democracias condicionadas, marcadas por las huellas económicas, sociales y psicosociales del pasado reciente y supuestamente todavía amenazadas por las dictaduras apenas superadas.

Los proyectos democráticos no lograron desarrollar una dimensión ni en su política social ni en cuanto a participación ciudadana que permitiera sentir un cambio profundo y un aprendizaje iluminador con respecto a las políticas predictatoriales, sino que se abroquelaron muchas veces en la simple institucionalidad constitucional - lo cual sin embargo, tampoco era poca cosa, considerando la amarga experiencia pasada -. El protagonismo de los movimientos sociales se redujo durante la década de los 80 en la medida en que los partidos políticos, sindicatos, administraciones públicas democráticas, reasumieron sus roles tradicionales sin que las dictaduras pasadas parecieran haber dejado enseñanzas y motivos para nuevas prácticas.

Mientras tanto, los cambios decisivos de la próxima década acaso sean producidos no por la originalidad y creatividad de las nuevas democracias, sino por el extremo deterioro de la situación económica y la arrasante informalización tanto del aparato productivo como de la sociedad en su conjunto. La marginalidad, durante años percibida como un problema en primer lugar económico, incluso más tecnocráticamente como un problema del mercado de trabajo, se amplió cuantitativamente, se extendió y profundizó cualitativamente. Los problemas del desempleo, del trabajo precario, de la inflación, de la pérdida del poder

adquisitivo, de la seguridad personal, de los servicios públicos deficientes, no sólo han hecho más pesada la vida de los ciudadanos. Otros resultados de la crisis económica como el aumento de la desnutrición y el empeoramiento de los sistemas de salud, las alarmantes cifras de baja escolaridad o del rendimiento escolar en general, la situación específicamente grave en la que se encuentran niños, jóvenes y ancianos de las sociedades latinoamericanas se suman a un cuadro alarmante que hizo desaparecer la palabra desarrollo, término mágico de la década de los 70, para sustituirla en la agenda política por «estrategia de sobrevivencia» o «administración de la crisis».

Paralelamente, se produce un cambio estructural en la composición y relación entre las clases sociales: el cierre de fábricas, las privatizaciones, los intentos de racionalización del aparato productivo a través de la reestructuración industrial, dictan nuevas reglas de las relaciones laborales, echando a la incertidumbre y la desocupación a miles de obreros y empleados, reduciendo así el poder de negociación y convocatoria de sus sindicatos y asociaciones, ampliando el sector de los cuentapropistas, buhoneros y vendedores ambulantes; pero no como futuros verdaderos empresarios schumpeterianos, como intentó hacer creer Hernando de Soto, sino mas bien aumentando la informalidad urbana, lo que por fin también se expresó en la superestructura.

Surgen, al margen de los mencionados canales tradicionales de opinión y decisión política, expresiones de esa informalidad: las irrupciones sociales espontáneas, ya no más dirigidas por partidos, sindicatos, etc., sino simples pero violentas explosiones de frustración colectiva y de desesperación individual. Y no son respuestas sociales organizadas, políticamente articuladas y organizables, sino que son acciones individuales de vandalismo que desarrollan simultánea y masivamente el «sálvese quien pueda» - aprendizajes de la ética económica del liberalismo y convirtiendo, su ley de la libre competencia en la ley de la selva -. Surgen también de esta informalidad extraños personajes que se convierten en actores políticos, sin partido ni ideología conocida, cometas del momento, tan fugaces como preocupantes, implementando una nueva faceta en la cultura política del continente de aún imprevisibles dimensiones: un animador de televisión como alcalde de Lima, un cantante de baladas o un expiloto de Fórmula Uno, como gobernadores en Argentina, dueños de una cervecería o radioemisoras como presidenciables en Bolivia; en fin, simples declamadores de promesas democráticas, progresistas o populistas y aplicando políticas y estilos de política a lo Alberto Fujimori. Estamos sin lugar a dudas frente a nuevas formas de hacer

política, y en el camino hacia nuevas sociedades con momentos anómicos, de precariedad permanente y marginalidad dominante.

Esa visión no sería completa sin mencionar la creciente pérdida de importancia económica, política, estratégica y hasta cultural de nuestro continente en el contexto internacional. En el reordenamiento mundial actual, el peso de nuestra región supera probablemente sólo la de África Subsahariana, porque tanto los datos económicos (comercio exterior, flujo de inversiones, estructura de productos, etc.), como también los análisis políticos lo indican así.

Preocupa en todo ello la falta de propuestas y de esperanzas. Los últimos 20 años han sido especialmente intensos en cuanto a manifestación de problemas estructurales y conflictos fundamentales esenciales en el interior de nuestras sociedades; se ha ampliado decisivamente la agenda de los tópicos políticos y sociales y se ha acelerado el ritmo de los cambios y la secuencia de causa y efecto del quehacer político como resultado de la aldeanización mundial, de los cambios comunicacionales y la posibilidad de información y movilización. Casi diariamente surgen, si no problemas nuevos, de todos modos conciencia nueva acerca de peligros o demandas existentes, hasta ahora no tomadas suficientemente en consideración. Fenómenos que nutren los discursos del pesimismo cultural neoconservador y que los debates del postmodernismo sintetizan a su manera.

VII

Los espacios de reflexión crítica y creativa adquieren en este contexto más importancia que nunca si no queremos entregarnos a los administradores del status quo, a los tecnócratas de la política que aparentan ser simples mecánicos sociales al peor estilo poperiano, y al cortoplacismo inmediatista que se fija sólo en la reparación de los daños coyunturales más obvios. Estos espacios sirven para recuperar la capacidad de identificar los problemas más candentes; y estos no son, me parece, tan novedosos dado que todavía arrastramos los lastres de las décadas pasadas - si bien no se hablan tanto de 'subdesarrollo' a pesar de que se lo vive -; debe integrarse con realismo e imaginación en una agenda de política práctica que actualice y concretice convincentemente los valores de la democracia, de la solidaridad, de la libertad y de la justicia social. Hacer las preguntas adecuadas me parece la base de la revisión crítica de nuestra situación, que nos abra la posibilidad de encontrar respuestas posibles a problemas viejos y retos actuales. Seguir participando en este proceso colectivo, vivo y abierto es también el compromiso de esta publicación.

Elegir un tema para una edición tan especial como es la del 20 aniversario es siempre difícil, porque la tentación de presentar una visión más o menos acabada de lo que han sido los últimos 20 años en este continente o lo que han sido los Temas Centrales más candentes de estas dos décadas para la política, las ciencias sociales, la cultura implicaría el vano intento de segmentar una realidad tan multifacética como lo es la latinoamericana, al marco tan casual de los 20 años de la revista.

Pensamos que una manera más viva y auténtica, pero también más ágil - aspecto no excluyente de un análisis serio -, podrían ser impresiones y reflexiones muy personales desde las diferentes capitales de América Latina, a la vez indicativas acerca de la situación de nuestro continente por su mutua confrontación en el interior de la entrega.

Nos guste o no, son las capitales de nuestros países las que imponen su sello de manera decisiva sobre la vida nacional, sus actividades políticas y económicas, sus proyecciones culturales e inquietudes intelectuales. Y además nuestras capitales no son regiones separadas del resto de cada país sino precisamente expresión extrema de su desarrollo en las últimas décadas. La migración permanente y también la resistencia que ofrecen las regiones del interior a las pretensiones de la capital, influyen a su vez sobre ésta. En definitiva creemos, y así lo dijimos en nuestra convocatoria a esta edición, que el escenario urbano es el más distintivo y a la vez el más enigmático de nuestra realidad. Así que nos pareció un esfuerzo válido invitar a autores en cada una de las capitales de nuestro continente a que nos relaten, quizá en forma de una carta ficticia o corresponsalía imaginaria, algo de su vivencia capitalina a comienzos de esta década. Supimos que de esta manera nos acercaríamos a una visión panorámica del sentir latinoamericano de hoy, de las condiciones de vida, de las reflexiones privadas y públicas de un latinoamericano, aproximándonos de esta manera la respuesta de «¿Qué tal América Latina?». Preferimos la impresión y reflexión personal por sobre el ensayo tradicional y privilegiamos específicamente la experiencia diaria del ciudadano que vive y hace vivir la realidad capitalina, que la sufre y goza, y que es tanto producto de su actividad, como él lo es de ella. Lo que el lector encuentra en las páginas siguientes es la prueba y demostración de lo multifacético que somos, de la riqueza y creatividad con la que 21 personas se acercan a sus 21 realidades que son, en síntesis, una sola: la de América Latina.

VIII

Por coincidencia, me despidió de Nueva Sociedad con esta edición del 20 aniversario. Casi la mitad de la existencia de la revista, desde el número 64, he tenido el increíble placer de participar en este esfuerzo colectivo que es la construcción de un diálogo latinoamericano. Durante 10 años he tenido la posibilidad de ayudar en la organización de este espacio de reflexión y lo he hecho con entusiasmo y pasión, sintiéndome latinoamericano, sin negar mi formación política y académica alemana, pero reconociendo los 17 años que viví en América Latina como experiencias invaluableles y vivencias determinantes.

Ingresé a Nueva Sociedad cuando la revista, gracias sobre todo a la labor de mi antecesor, Karl Hübener y su jefe de redacción Daniel González, ya había logrado perfilarse como una tribuna reconocida y estimada de reflexión crítica y analítica, comprometida con las posiciones de avanzada de América Latina y la lucha de los pueblos para su verdadera independencia económica, política y social. Entendería por eso mi función principal como la consolidación de este logrado prestigio, y también como la actualización de nuestro llamado al diálogo alrededor de las vicisitudes del continente, sin renunciar a los postulados ideológico-políticos que habían sido la base en los primeros años de vida. Confieso que sólo caminando comprendí la inmensa responsabilidad asumida, que por supuesto no derivó en una tarea solitaria. Conté, por fortuna, con grandes colaboradores, a quienes no por convencionalismo quisiera mencionar. Daniel González, con su amplia experiencia, quien más tarde prestó también sus servicios para desarrollar nuestra línea editorial de libros hasta que por fin pudo regresar a su patria chilena; Camilo Taufic, cientista y periodista temperamental y creativo; y ahora Sergio Chejfec, escritor sensible y observador de las corrientes culturales de América Latina, me han acompañado como jefes de redacción. Aníbal Ortizpozo, artista, pintor, soñador y responsable de arte y producción de la revista es a la vez incansable innovador, y motivador cuando la rutina del quehacer diario amenaza tragarnos a todos. Eva Barkan, mi asistente, paciente con mi temperamento, comprometida con el proyecto político de la revista y siempre dispuesta a cumplir con los mil y un asuntos diferentes que llegan diariamente a nuestros escritorios - ellos representan, con los demás integrantes del equipo técnico administrativo de Nueva Sociedad - el grupo más directamente comprometido e inmediatamente responsable de la existencia de la revista en los últimos años.

Debo agradecer también a la Fundación Friedrich Ebert de la República Federal de Alemania, la que con su generosidad apoyó financieramente a la revista, la que a pesar de todos sus esfuerzos comerciales aún no podría sobrevivir sin su ayuda. La

FES nos ha acompañado durante todos estos años, sin interferir en absoluto en la independencia de la redacción, lo cual es el mejor ejemplo práctico de solidaridad democrática para con los países del Tercer Mundo.

Otros a quienes debo mencionar y de quienes me alejo abandonando - ojalá momentáneamente - el continente, agradecido y emocionado son los que en realidad hacen la revista y crean, cada dos meses, este foro: me refiero a los autores de Nueva Sociedad, a los dibujantes y a los amigos que nos nutren con sus críticas, preguntas, consejos, propuestas y proyectos. Esa gran comunidad de personas, grupos, instituciones, partidos, sindicatos y movimientos, los centros de investigación, las universidades, en fin, aquellos que se reunieron en estos últimos años en estas páginas, son el ejemplo vivo de que el proyecto de una América Latina democrática, justa, humana y libre se está construyendo. Los lectores saben lo que la revista les adeuda, o más bien, saben que ellos son la revista. Aquello que yo personalmente les debo es difícil de expresar. Las innumerables conversaciones y encuentros, las muestras de respeto y amistad, la calidad humana y la lealtad para con las posiciones científicas y políticas, me han permitido un aprendizaje enriquecedor, sin comparación. Estoy profundamente agradecido de haber podido compartir con ellos todos estos años.

La mención de los que forman parte tanto del éxito que la revista ha tenido como de mi experiencia personal durante los últimos 10 años, no sería completa si no incluyera a aquellos que, en el proceso de la producción del saber, muchas veces son olvidados ya que les toca un trabajo aparentemente menos creativo pero no por ello menos importante: los que difunden y distribuyen la producción. He puesto durante todos estos años especial énfasis en el carácter colectivo del trabajo, cuyo resultado es la revista Nueva Sociedad, lo que implica considerar la parte gerencial, administrativa, técnica y financiera de un proyecto político-cultural, lo que hace por ende a su viabilidad y lo que garantiza que se produzcan no sólo excelentes ideas, sino también que lleguen a los lectores de manera regular y confiable. Que Nueva Sociedad sea hoy en día en su género la revista más difundida en América Latina, con más lectores en más países, se debe también a esa red invisible de los librerías y distribuidores, donde hemos encontrado grandes personajes y jóvenes entusiastas, servidores de la cultura. Vale la pena subrayar esto porque es de suma importancia que proyectos como Nueva Sociedad alcancen una factibilidad no sólo intelectual sino también material y económica, práctica.

IX

Con la presente edición llego entonces al término de una riquísima e intensísima etapa de mi vida personal e intelectual. Parto a Europa y resulta infructuoso el intento de volcar en unas líneas el afecto y el agradecimiento que siento hacia nuestro continente latinoamericano: no sólo en él he trabajado y participado, sino que también me ha constituido. Sería inadecuado confesar que lo extrañaré - y acaso también erróneo, ya que permaneceré en contacto regular - pero querría conservar a lo largo del tiempo la plenitud experiencial y política que me ofreció desempeñarme en Nueva Sociedad.

Dirigir la revista durante casi una década ha sido para mí un increíble privilegio. Y coordinar durante diez años el esfuerzo colectivo expresado en sus páginas me une también, para el futuro, con la tarea de consolidar espacios de reflexión que contribuyan a los cambios profundos necesarios que nuestra América Latina le debe a sus pueblos y sociedades.

Es reconfortante saber que mi sucesor, Heidulf Schmidt, con su amplia experiencia latinoamericana y su profundo compromiso con este continente, seguirá - seguramente con un sello personal un tanto diferente - en esta tarea fascinante de buscar las preguntas adecuadas que permitan contestar con propiedad a nuestra inquietud fundamental: «Qué tal, América Latina".